

# ALONSO IBARROLA RELATOS

---

**ALONSO**  
**IBARROLA**  
**RELATOS**



**ALONSO  
IBARROLA  
RELATOS**



© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# Contenido

---

[El autor y su obra](#)

[Depetris \(Historias del tren\)](#)

## El autor y su obra

---

El año 1961 salía a la luz pública el primer libro de Alonso Ibarrola, *Depetris*, retrato y confesiones de un burgués anónimo que termina perdiéndose en un túnel interminable... Algunos críticos acogieron el libro como “algo insólito, nuevo y original” dentro de la joven narrativa española, y uno de ellos afirmó: “El humorismo de Alonso Ibarrola no produce hilaridad, en el sentido estricto de la palabra. Es una mezcla de absurdo, humano y patético, que algunas veces provoca una leve sonrisa. El autor juega con la sorpresa, con el retorcimiento del retorcimiento, y aún el lector menos inteligente queda alelado con la sorpresa y se rinde”.

De todos modos, “el libro — señalaría un crítico en su segunda edición, diez años más tarde— no tuvo toda la fortuna que sus méritos y calidades requerían, ya que su publicación coincidió con el auge de la llamada *literatura social*, que ensombreció los brotes de otras maneras de hacer, como la de Alonso Ibarrola, cercanas a la moderna literatura del absurdo”. Del mismo, Jaime Azpilicueta llevó a cabo una versión teatral, y Eduardo Delgado una versión para Televisión Española, con realización de Luis María Güell, incluida en la serie “Escritores de hoy”, con Carlos Velat al frente del reparto, y emitida el 13 de noviembre de 1977 con el título de *Historias del tren*.

En 1963, la editorial italiana Rizzoli selecciona y traduce uno de sus capítulos para su *Antología de humoristas contemporáneos*, donde figura por razones de abecedario entre Helmut Heissenbüttel y Eugene Ionesco; un abecedario que incluye en su última letra a Cesare Zavattini, el famoso escritor y guionista cinematográfico italiano, que “descubre” de esta manera al autor —“en una bellísima narración..., la primera que conocí de él”— y se brinda a prologar su segundo libro, *Historias para burgueses* (1971), que obtiene una crítica excepcional y conoce

traducciones al portugués y parcialmente al italiano y francés.

Las *historias*, aparentemente abstractas, registran y descubren en parte las frustraciones, contradicciones e inquietudes de un pequeño mundo burgués que no consigue insertarse en la realidad, al mismo tiempo que —como si quisiera darnos un respiro en su lectura— nos transporta, a golpes de imaginación y fantasía, a “otros mundos”, a otras situaciones remotas, pasadas, lejanas, en las que “lo absurdo” también hace acto de presencia, reclamando nuestro presente.

En 1975 reúne en su libro *Florechillas para ciudadanos respetuosos con la ley*, relatos brevísimos, publicados en el semanario *Hermano Lobo*, en una celebrada columna titulada “Episodios de la vida nacional” y firmados con el pseudónimo de *Nemorino*. El crítico literario Eduardo Tijeras señaló:

“Alonso Ibarrola agita las convenciones, los pragmatismos, las hipocresías, el “buen tono”, lo que “se lleva”, en el ámbito de la cursilería burguesa y las imágenes edificantes y moralizadoras instituidas ejemplarmente para adoctrinar a los ignaros plebeyos. Su deliberado matiz superficial obliga a Ibarrola a sustentarse no sólo en la vertiente satírica, sino en otras actitudes de la misma familia, tales como el sarcasmo, la ironía, el absurdo y el humor negro, hasta inmiscuirse en una línea quevedesca y esperpéntica (dicho esto a modo de referencia aproximada), que, bien mirada, es característica de una dimensión privativa de la cultura española, la cual incluiría nombres consagrados, como los de Valle-Inclán, Solana, Cela, Buñuel. No es que Alonso Ibarrola, obviamente, pertenezca de lleno a la escuela del chafarrinón esperpéntico, pero su afán demostrado por erosionar la “buena imagen” —esa que se crea a fuerza de idealismo y publicidad—, la “buena imagen” que la gente —las instituciones, mejor— construye penosamente de sí misma, le garantiza un puesto entre todos aquellos escritores que pretenden curar una herida a base de cauterizarla con

fuego o, lo que es lo mismo, deformándola para que nos resulte intolerable a partir de ese momento y de la nueva perspectiva brindada por el goteo de la disección. Pese a venir en cápsulas mínimas, en dosis homeopáticas, las *Floreillas para ciudadanos respetuosos con la ley* reclaman un lugar en la cultura literaria”.

Basándose en “historias” entresacadas de estos tres libros, y de otros autores, la compañía teatral “Duodeno” representa en España, Cuba y Venezuela, dos obras teatrales de notorio éxito: *Voyeur* y *Pasen y mueran*.

En 1988, publica *Por mi grandísima culpa*, abandonando la modalidad del cuento corto para adentrarse en un relato que, aunque se estructura sobre breves flashes, desarrolla una trama novelesca. Por otra parte, hay un abandono deliberado del humor irónico y candoroso para adentrarse en un lenguaje y en unas situaciones patético-cómicas, que hacen del protagonista un anti-héroe moderno a la búsqueda de un mundo que, una y otra vez, se le escapa de las manos para llevarle a un final inexorable.

En años sucesivos, sigue colaborando en numerosos medios de comunicación, nacionales e internacionales. Desde la famosa revista italiana *Il cavallo di Troia* a los suplementos de los diarios nacionales de tiradas millonarias, pasando por el *Playboy* italiano y los libros de texto escolares de Hachette, en Francia. En un arco de treinta años (1961-1991) se ofrece toda una muestra peculiar del llamado “humor negro español”, que supera felizmente el paso del tiempo.

Puede decirse que en esta antología se encuentra, como en un catálogo, un amplio repertorio de los aspectos más ricos del humor moderno: el uso de la paradoja, del razonamiento llevado al absurdo, de las contradicciones, del juego entre el yo del narrador y la objetividad del relato, incluso la misma forma literaria de cuento o relato seguida

implacablemente. Todo ello con un estilo rapidísimo, casi de teletipo, a la misma velocidad de los media pero cuajado de matices, que lleva al lector, sin respiro, por los múltiples aspectos de la vida moderna.

# DEPETRIS

(HISTORIAS DEL TREN)

---

---

## PRIMER RETRATO DEL AUTOR

*El autor de este aleccionador libro es rico, inmensamente rico, culto, guapo y tiene muchas admiradoras. Que nadie trate de ver en él intenciones morales, ni ambiciones literarias o crematísticas. La vanidad fue el único motivo que le impulsó a escribirlo.*

Me he acercado a la ventanilla y con mi recia y varonil voz, altamente persuasiva, he dicho:

—Un billete, por favor, para mañana, día 15, tren expreso de las 22,30 horas...

Al pararme, la voz airada del taquillero me dice:

—Pero, ¿a dónde?

He olvidado indicar el destino. Paso en mi casa las horas repasando los detalles, repitiendo a cada instante los datos; dejo de saludar a la portera por culpa de la clase de billete. Dos terceras partes de la Humanidad pasan hambre, he leído recientemente. Pediré “un segunda”. Al llegar a la ventanilla pido “un primera”. Pasan hambre, pero no los veo.

Cierto día olvidé decir la segunda indicación: “Por favor”. Aquel día no hubo rectificación posible. El funcionario me espetó a la cara triunfalmente: “No hay billetes”.

Tras de mí un individuo, acercándose a la ventanilla, exclamó:

— Quiero irme.

Es decir, se olvidó de decir: por favor, hora, categoría de asiento, clase de tren, etcétera. El hombre de la taquilla no daba cabida a su asombro:

—¿Ha dicho usted?

—¡Que quiero irme! ¡Quiero irme!

El hombrecillo golpeaba rabiosamente con las palmas de sus manos el mármol del mostrador, mientras sollozante proseguía diciendo:

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme!

Le detuvieron ante la misma ventanilla. Había matado a su mujer en un rapto de locura y el pobre pretendía escaparse. Un crimen perfecto precisa de muchos detalles...

Según los altavoces, muy pronto va a llegar mi tren. Junto a mí la gente se arremolina, nerviosa e impaciente. ¿Qué se creerán que es un tren?

Contemplo las vías. Siempre me suscitan las mismas dudas. ¿Llegarán a unirse alguna vez, en algún kilómetro? No llego a convencerme de que jamás se unan. Pongamos diez mil kilómetros. Bueno, cien mil kilómetros. Son muchos kilómetros. ¿No creen que al final de estos kilómetros terminarán uniéndose? Una vez a Maggy le asaltaron las mismas dudas en una ocasión semejante. Y ni corto ni perezoso dejó sus maletas en “consigna” y se puso a andar por las vías. Estaba dispuesto a esclarecer, de una vez para siempre, aquella cuestión. Anduvo muchos días y muchas noches, descansando tan sólo unos minutos en las estaciones que encontraba al paso, como manda el Reglamento. Si veía junto a la vía un letrero con la indicación “Silbar”, él silbaba cualquier marcha de ópera airoso para darse ánimo. (Siempre he pensado lo cómico que resultará contemplar al maquinista y al fogonero silbando los dos cumpliendo el Reglamento. Y qué penoso resultará hacerlo cuando se les ha muerto un hijo, por ejemplo. Claro que peor sería que el letrero anunciase: “cantar”, “rezar” o “bailar”. Sobre todo esto

último, en largos trayectos, resultaría muy fatigoso).

Por fin Maggy, a los cuatro días, divisó el final. Cierto que las vías no se unían —como pudo comprobarlo— pero al menos terminaban allí en un lugar desierto, donde alguien había colocado unas macetas con flores. Una niña las estaba regando en aquel momento. Maggy se llevó un terrible disgusto cuando descubrió que la vía seguía por otro lado y que en la estación anterior le habían engañado pues el guardagujas cambió la manivela y le metió en vía muerta. (Fue la única idea que se les ocurrió a sus familiares para recuperarlo).

Llega por fin el tren, rápido y jadeante. Una enorme locomotora, chorreando humo, hace su irrupción en los andenes.

Los fogoneros se asoman a la ventanilla de la locomotora y miran altivos a la gente. ¡Pobres fogoneros! Experimentamos gran disgusto cuando el tren no llega a la hora, sufrimos mil angustias y pesares cuando no se sabe el paradero del tren en que vienen nuestros familiares, amigos..., y una vez que llegan, una vez que les hemos besado y saludado, no se nos ocurre ir a la locomotora, subir a ella y decir al maquinista, abrazándole: “Gracias”. Por nuestra culpa se convierten en unos resentidos y se vengan con los retrasos.

El tren se ha parado y la gente trata de subir a los vagones, al mismo tiempo, aun teniendo sus asientos reservados. No sé por qué, pero la gente cuanto menos dinero tiene más chilla y protesta. Desprecian ese don de la humildad. Incomprensible. A los cinco minutos todos los viajeros se han colocado en sus respectivos asientos, así como también sus maletas.

Yo también he instalado las mías — yo no, mi maletero, se entiende— y observo los andenes. No tengo a nadie para despedirme de él. Odio las despedidas familiares. Prefiero pagar a dos o tres maleteros, para

que agiten sus pañuelos y lloren mientras me voy. Esto me hace sentirme muy importante.

Todavía quedan diez minutos para que el tren parta. Los que se van, asomados a sus ventanillas contemplan a los que se quedan, de pie en el andén.

—¿Escribirás?

—Descuida, ya sabes que sí. —Cuídate.

—Descuida.

—¿Has cogido?...

—Sí.

Un largo silencio. Faltan siete minutos. Te ha tocado un buen asiento. Así parece. Si tienes sed, compras cualquier cosa, pero sin bajar del tren, ya sabes lo que le pasó... Sí. Claro. Cinco minutos. Se miran mudos, de arriba abajo, sin saber qué decirse. Hay un silencio total, embarazoso. Cuatro minutos. El que se asoma a la ventanilla parece otear el cielo. Los que están en los andenes, cansados de tener la cabeza erguida, curiosean a su alrededor.

Un pitido rasga el aire. El tren inicia su marcha. Ahora todo el mundo comienza a gritar, a hablar, al mismo tiempo. Parece como si todos se acordaran de repente, de un montón de cosas y de encargos.

—Oye, acuérdate de ...

—Adiós.

—Oye...

Una señora llora. Dos se estrechan a duras penas las manos. Otra señora gruesa chilla, desesperada, tratando de hacerse oír:

—¿Cogiste el cepillo de dientes?...

El tren marcha lentamente, abarrotado de viajeros, que inundan todos los departamentos y pasillos de los vagones. Mac, en su departamento, había repartido lápices y papel en silencio, a sus compañeros de viaje que le miraban asombrados. Explicó su caso:

—Soy el representante de una importante sociedad filantrópica. Desde hace veinte años recorro el mundo tratando de entregar un millón de pesetas al suicida que escriba la mejor carta de despedida..., pero nadie se anima a hacerlo —terminó diciendo amargamente.

Todos empezaron a devolverle el instrumental, menos un señor de gafas, pequeño. Escribía y escribía. Al cabo de una hora entregó tres cuartillas a Mac. Este comenzó a llorar emocionado, nada más leer la mitad de la primera cuartilla.

—¡Por fin —exclamó al terminar su lectura—, he aquí una carta digna de premio! Claro está —comenzó a decir lentamente— que para que... el premio pueda adjudicarse, es necesario... — miraba al hombrecillo fijamente—. En fin usted ya comprende... falta un requisito esencial... usted está vivo y ...

El hombrecillo comprendió perfectamente. Se quitó las gafas cuidadosamente y las introdujo en el bolsillo de su chaqueta. Se dirigió a la ventanilla, la abrió con dulzura y exhibiendo una sonrisa vanidosa a sus compañeros de viaje, se lanzó al exterior, contraviniendo claramente la orden de un letrero que decía: "Prohibido asomarse al exterior".

Mac, con un gesto airado, se lamentó:

—¡Siempre me ocurre lo mismo, qué desgracia!

Y abriendo la portezuela del departamento, exclamó:

—¡Pase, señora, hay un asiento libre!

En otro de los departamentos, los viajeros, apretujados, hablan.

—Un día —cuenta un tal Bob— me pregunté: “¿Llegaré a santo? No fumo. No bebo. Tengo novia formal. Me acuesto temprano. Rezo. El último domingo, precisamente, recuerdo que me asaltó la misma pregunta en la iglesia, al ver a un santo en su nicho, a la derecha del altar central. ¿Y yo por qué no?, me dije. ¡Si no fuera tan tímido!... —y Bob calló mientras sus compañeros de viaje, indiferentes, contemplaban el paisaje.

Al cabo de un rato, otro viajero contó:

—Ada y yo estábamos profundamente enamorados. Yo un día le había dicho: “No joyas, sino hijos te daré”. Ella se emocionó muchísimo. Al día siguiente me rogó le repitiera lo mismo. Y yo dije: “De ninguna manera joyas, cuestan mucho”. Se enfadó. Nuestras relaciones terminaron cuando yo un día imaginé: “Tú, paralítica, en una silla de ruedas y yo siempre a tu lado”. “No, no —decía ella—, no podría resistirlo. Te rogaría que me dejaras”. La muy imbécil no supo darme una contestación satisfactoria a sus palabras, porque se echó a llorar. La dejé por egoísta.

Tras unos minutos de silencio, Bob se levantó atropelladamente de su asiento y abriendo la puerta del departamento, balbuceó:

—Señora, aquí hay un puesto libre.

La señora fue a decir alguna cosa, pero Bob le atajó diciendo:

—No se preocupe por mí, no es ninguna molestia, porque yo bajo en

la próxima estación.

Y diciendo ésto, Bob desapareció rápidamente. Recorrió todo el tren y continuó de pie su viaje en el pasillo, muy lejano a su departamento. Todavía le faltaban diez horas para llegar a su destino.

El vagón es de “primera clase”. Salta a la vista, porque sus ocupantes hablan muy poco o no hablan. Si alguien al entrar dice: “Buenos días” a lo sumo se oye un gruñido proveniente de un señor grueso (en los departamentos “de primera” hay siempre un viajero grueso). El que corresponde a este compartimiento está hablando:

—Puedo afirmar categóricamente que los pobres no son felices, aunque ellos se suelen empeñar en querer demostrarnos lo contrario. Lo hacen tan sólo para fastidiarnos a nosotros, los ricos. “El dinero no da la felicidad”, suelen exclamar con una voz que quiere ser suave, tranquila y calmosa. En el fondo, ellos son los primeros en no creer en la máxima. Sólo lo dicen para consolarse. ¡Hipócritas! Yo mismo he comprobado personalmente, muchas veces, las falacias y falso orgullo de los pobres. Un día, en mi residencia, llamé a uno de los individuos a mi servicio. ¡Que venga mi chófer número tres! Cuando estuvo ante mi presencia, le dije: ¡Queda despedido! ¡No me gusta su forma de conducir! El chófer se asombró, pero viendo mi gesto decidido, se dio la media vuelta, mientras decía orgullosamente: “¡Lo siento, pero no tengo otra!”. Al cabo de unos minutos, a través de mis pasillos subterráneos, me apresuré a acercarme hasta su habitación para mirar a través de una mirilla secreta y oculta. Allí estaba el desgraciado, sentado en la cama, llorando, mientras en el suelo su maleta yacía a medio hacer... ¡Falsos!

—Yo creo —comentó otro viajero— que los pobres no serán nunca felices porque les falta la esperanza. Uno puede vivir en la miseria más absoluta, sabiendo que con los años llegará a tener dinero. Pero un pobre, generalmente, muere en la pobreza. Dios lo quiere así. Yo

particularmente, tengo un sistema infalible para elevar mi moral cuando atravieso una etapa de desánimo y tristeza. En una de las estancias de mi residencia he hecho raspar las bellas pinturas que la embellecían, retiré sus muebles y tapices y en su lugar coloqué una cama desvencijada y una silla apolillada, que poseía en casa de sus padres uno de mis criados. Una pequeña bombilla ilumina débilmente la habitación.

Cuando me siento deprimido me introduzco en la habitación, que a fin de cuentas podría ser la habitación de un pobre. Me encierro con llave y me pongo a pensar y a exclamar en alta voz: “¡Soy pobre y estoy solo! ¡Para siempre, para siempre...!” y cuando ya no puedo más, cuando la desesperación inunda todo mi ser y las lágrimas surcan mi rostro, salgo corriendo de la horrible habitación y comienzo a gritar por los pasillos: “¡Soy rico! ¡Soy rico!...”, mientras beso las mejillas a mis criados, que me miran con cierto asombro...

El señor de enfrente, no ha pronunciado una palabra durante todo el viaje.

—¿Fuma? —le he dicho.

—Oh, no. Fumar a mis años... —me ha respondido casi en susurro, mientras se echa cansadamente hacia el respaldo, con un suspiro.

Mentira, señor, mentira, pienso mientras le contemplo, sin valor para expresarle lo que mi mente maquina. Mírese usted al espejo. Con atención. Detalladamente. ¿Qué ve? Su cara, su radiante rostro. Usted es joven. ¿Una arruguita? No, hombre, es un defecto de la piel, de nacimiento. Usted es joven; no hace falta más que mirar sus ojos radiantes. Quizá no sea muy guapo, pero resulta interesante.

Grite, grite un poco. Cante. Ahora doble las rodillas con las manos en

la cintura. Uno, dos. Uno, dos. ¿Lo ve qué bien? ¿Molestias? Es la falta de costumbre. Quizá si hubiera hecho un poco de deporte... Pero no importa. Otras flexiones. Respire profundo. Estupendo. Estupendo. ¡Qué músculos! ¡Cómo funcionan!

Grite, grite más. ¡Qué garganta! ¿Canta? Ah, sí, está cantando. Buen oído. Bonita voz. Perfecto. Todo le funciona a la perfección.

Usted no es viejo, señor. Nadie se muere de viejo. Se muere atropellado por un coche. Muchos se mueren porque no ponen empeño en vivir.

¿Cuántos años tiene usted? ¿Cincuenta? Mentira. ¿Quién le ha dicho a usted que tiene cincuenta años? El hecho de que su mujer y sus hijos le regalen todos los años un día determinado, una corbata, no significa nada.

Abra usted el armario. Cuente sus corbatas. Una, dos..., cinco, y no hay más. ¿Dónde está el resto? Supongamos que su hijo le ha robado una. ¿Y las demás? No me diga que su mujer las ha tirado. Las mujeres nunca tiran las corbatas, y menos si las han comprado ellas. En todo caso las limpian. Luego es mentira. Luego usted sólo lleva casado a lo sumo seis años. No puede ser cierto que se casó hace veintiséis años. ¿Dónde están las diecinueve corbatas restantes? No sabe ni qué contestarme. Le falta experiencia, amigo. Vida. Le faltan años. Ya verá, ya verá luego; todavía es joven...

Uniforme impecable, limpio, con la raya de los pantalones delineada con esmero por la plancha de su mujer. Rígido, con la mirada incrustada en las vías, la mano derecha en la manivela de freno y la izquierda en la nariz, Puck conduce el "convoy".

Puck es correcto, demasiado correcto. Saluda, quitándose el gorro (a

sabiendas de que infringe el Reglamento), a todo el mundo. Cuando llega a un túnel, dice siempre: “Permiso. ¿Puedo entrar?” Y, tras haberlo dicho, sonrío, y con una leve inclinación de cabeza penetra en él...

De todas maneras, Puck no es feliz. Y todo por culpa de una vaca. No pudo impedirlo, resultó inevitable, pero un día Puck mató a una vaca. (Por un momento pensé escribir, “que no dijo ni mu”, pero, ciertamente, el recurso es muy fácil). La vaca venía por el sendero que cruza la vía. “Ojo al tren”, decía el letrero. Pero ni caso. Puck venía lanzado con su máquina. Vio a la vaca, pero en vez de frenar, solamente acertó a decir muy nervioso: “Usted primero, señora...” Y el golpe fue mortal. No quiso parar para no ver el espectáculo. Cuando llegó a la primera estación todavía lloraba. Los días siguientes se negó a hacer aquel recorrido. Luego hubo de abandonar aquella línea, porque cada vez que pasaba posteriormente por aquel sendero que cruzaba la vía, paraba el convoy, se bajaba de la máquina gorra en mano, y tras mirar detenidamente a ambos lados del sendero, volvía a reanudar la marcha. Luego el tren llegaba al punto de destino con quince minutos de retraso, y al jefe de estación le daba vergüenza escribir en el tablero de anuncios: “Por la vaca”.

En el libro de reclamaciones de la Estación Central hay escritas unas líneas que dicen: “¡Que vivan las vacas...! Firmado, Puck”.

Contemplo el paisaje. Maravilloso. Hay paisajes que uno quisiera cogerlos, besarlos, abrazarlos, estrujarlos, como a la mujer amada y decirles: “Eres mío”.

Quisiera caminar por ahí, por en medio de ese prado verde. Sólo un gesto, un movimiento, unas palabras al maquinista, una propina... y tal vez, en unos segundos... beso, beso con furia la hierba, los colores, las flores, los olores. Brinco. Salto. Doy una voltereta. Grito: “¡Yupiiiiii...!” El interventor, respetuoso, gorra en mano, trata de decirme...: “Señor”. Otra

voltereta más. “Señor...” Su tono cada vez es más enérgico. Me agarra por las solapas. Me sube de nuevo al tren. Grito. Pero el tren ya está de nuevo en marcha...

Por todo ello daría, daría... media vida. Sí. Media vida. Más. Digo que más. La vida entera. Moriría feliz sobre mi asiento, mientras algún viajero somnoliento musitaría: “¿Qué estación era la última parada?...”

Penetramos en el túnel. Las luces del departamento no se encienden. La oscuridad es total. Recuerdo el juego preferido de mi llorado amigo Tic en circunstancias análogas: Se pegaba una bofetada. Todos los compañeros de viaje percibían el chasquido acusador. Y tras la espera ansiosa de la luz del día, Tic, con su delator carrillo enrojecido, se sentía muy complacido al observar el rubor de su compañera de viaje, víctima de las miradas curiosas y un tanto malsanas, del resto de los viajeros...

El túnel es largo y las luces no se encienden. Una terrible duda asalta mi mente. Bien pudiera haberme quedado ciego. No sería el primer caso. Lo he leído en la prensa. Finas gotas de sudor brotan de mi frente. Abro los ojos, los pongo redondos como platos, pero no alcanzo a vislumbrar ninguna brizna de luz. Como último recurso, exclamo con voz trémula:

—¡Estos malditos trenes!

Todos mis compañeros de viaje, responden a coro:

—¡Estos malditos trenes...!

Mi soplo de tranquilidad se esparce por el departamento.

Una claridad percibida a través de la ventanilla, me indica que la salida del túnel está muy próxima. Cierro los ojos. Ciego, ciego para siempre. Trato de imaginármelo, trato de verme: alto, apuesto, erguido, una hermosa corbata, un elegante bastón blanco. Mis ojos, mis bellos ojos,

sin fondo, sin vida y sin luz, no necesitan la protección de unas gafas ahumadas. Las mujeres me miran al pasar. Las bellas mujeres me miran. ¿Amor? ¿Piedad? Amor, amor. Pero las aparto dulcemente con mis manos. “No puede ser, no puede ser”, musito...

Y cuando ya las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos, cuando ya la desesperación y la impotencia corroen mi ánimo, pienso que yo, con un acto de mi propia voluntad, de mi propia potencia, puedo llegar a ver... Y cuando ya el rojo de mis cerrados ojos me indica que el túnel quedó atrás, los abro de improviso. ¡Qué maravilla! El campo, el cielo, los hombres, mis compañeros de viaje. Quisiera abrazarles uno por uno... Trataría de explicarles... ¡Pobres ciegos!

Pronto vendrá la noche. Comienzo a divisar las primeras luces. Unas luces diminutas, pequeñas, provenientes de casas que mis ojos no llegan a percibir. Y los que viven dentro serán como yo, pensarán como yo y quizá tengan las mismas ilusiones que yo.

Mis compañeros de viaje comienzan a arrellanarse en sus asientos, buscando una adecuada postura para pasar la noche lo más cómoda posible. Yo pronto llegaré a mi destino, por eso prefiero no dormirme.

No soporto una noche pasada en el tren, aunque sea en un “coche-cama”. Un accidente. “Salgan todos”. ¿Cómo? ¿Así?. Y con mi pijama a rayas verticales verdes y blancas, y zapatillas de noche, contemplo los cadáveres mientras rezo por las desgraciadas víctimas. Jamás he logrado hilvanar una oración completa en pijama. Preciso más ropa.

Otro túnel. Corto. Otro túnel. Menos corto. Otro. Más largo. Otro... y el túnel parece no tener fin.

El tren prosigue su viaje. Mis ojos se cierran. El sueño coge mis párpados con sus manos de hada y cierra mis ojos como si bajara una

persiana: rasss...

Una mortecina bombilla azulada ilumina débilmente el compartimiento. Estamos en un túnel. Consulto mi reloj. Faltan veinte minutos para que llegue a mi destino. El túnel es largo y la oscuridad exterior total.

Han pasado casi los veinte minutos y la oscuridad sigue siendo total en el exterior. Quisiera ver unas luces, unas lucecitas, al menos una, me conformo con una, tan sólo una que me dijera que voy a llegar pronto a mi destino. Que no me equivoqué de camino. Y lo terrible del caso es que esto sólo me incumbe a mí. El resto de los compañeros no quieren saber nada. Duermen. Uno está solo...

En el fondo, al final todos ayudan, “todos nos necesitamos”. Mentira, eso es mentira. Puedo despertar a este señor, puedo zarandear a aquel otro, gritar, despertar a todos: ¿Sabe en qué estación me apeo? ¿Conoce mi estación de destino?

No, no nos engañemos. Nadie me respondería nada.

Me mirarían a los ojos, como si estuviese loco. Y alguno llamaría al revisor, que es peor...

Miro al pasillo del vagón. Está iluminado, pero totalmente vacío. Todos los viajeros duermen o semidormitan en sus respectivos compartimientos. Veo aparecer al fondo del pasillo al revisor. Camina apresuradamente. Se seca el sudor de su frente con un pañuelo. Le corto el paso mientras intento (he dicho *intento*) decirle: “Oiga, este tren debía haber llegado...” Trata de esquivarme por la derecha. Le corto el paso. Se seca el sudor. “...hace media hora...” Trata de esquivarme por la izquierda. Le corto el paso. Se sigue secando el sudor. “...podría indicarme qué es lo que...” Me es imposible completar la frase. El interventor, en un alarde de preparación profesional, se me ha escurrido

entre mis piernas entreabiertas.

Pero cuando reacciono el interventor ya me lleva diez metros de ventaja y corre como un desesperado. Comienzo a correr tras él. Atravesamos todo el vagón. Abre la portezuela y penetra en otro. Le sigo. Atravesamos el pasillo del segundo vagón. Como corro a favor de la marcha, al menos pienso que la carrera me servirá de algo: recuperaré unos minutos en el retraso no previsto.

En el pasillo del tercer vagón dos metros me separan del interventor. Este resopla fuertemente. Su cansancio es bien visible. Jamás un funcionario estatal, a sueldo, ha podido resistir el ímpetu de un rentista. El diverso régimen alimenticio sólo es posible apreciarlo en estas fugaces e inesperadas confrontaciones.

Estoy ya pisándole los talones. Dentro de un momento extenderé mi brazo y... De improviso, el revisor, con un gesto, a la vez decidido y desesperado, me espeta:

—¡Su billete!

Yo también me he parado de bruces y jadeando, un tanto sorprendido, palpo mis bolsillos. Una sonrisa indica que lo he hallado a la tercera tentativa. Se lo doy con gesto triunfal. Me lo coge, lo examina.

— Es de “primera” y este vagón es de “segunda clase”.

Sorprendido, no sé qué responder. Impertérrito continúa diciéndome:

—Deberé abonarle la diferencia.

—Es cierto —musito asombrado, sin saber exactamente lo que digo.

—¿Tiene usted cambio de mil?

Observo el billete que me ofrece el interventor.

—Cójalo, cójalo —me dice con voz trémula.

—No sé...

Miro en mi cartera, en los bolsillos...

—No sé si...

Es inútil que siga excusándome. El interventor no me oirá más porque corre de nuevo. La treta le ha dado resultado. Corre de nuevo, pero cuando llego a la puerta del último vagón compruebo que precavidamente la ha cerrado. Es inútil. No podré abrirla. El tren aminora su marcha. Continuamos en el túnel. Observo a través de la cristalera de la portezuela. Diviso la locomotora. Veo al interventor. Parece discutir acaloradamente con Puck, el maquinista y su ayudante.

Puck gira una manivela hasta el fondo y el convoy termina por detenerse.

Ahora el interventor muestra un mapa a los maquinistas. Golpeo los cristales. Los tres levantan su vista del mapa y dirigen sus miradas a mi persona. El interventor se dirige a la puerta con gesto decidido, la abre y me dice con tono autoritario:

—¡Venga!

Un tanto asombrado me dirijo al grupo.

—Usted quería saber a la hora en que iba a llegar a la estación de... ¿no es así?

—Ciertamente, era así.

—Pues lo veo difícil —termina diciéndome.

No sé qué responder. La situación me parece un tanto extraña. Un convoy detenido en medio de un túnel interminable, yo en la locomotora, junto a los maquinistas, el interventor, un mapa y en el techo unas sombras extrañas, reflejo de las llamas que el fogón de la máquina despide intermitentemente. Pero siento frío.

—Lo que no comprendo —habla Puck— es por qué si la Compañía ha construido un nuevo túnel no nos lo advierte.

Además este túnel es larguísimo. Llevamos ya tres horas dentro de él. La máquina lleva una velocidad de ochenta kilómetros a la hora. Luego...

El interventor realiza unas operaciones aritméticas en un bloc. Después dirige su mirada al mapa.

—Dios mío —musita— estamos en medio del Atlántico.

Recuerdo que no sé nadar.

—No puede ser —les digo—, no puede ser. Tiene que existir algún error.

No llego a imaginarme los titulares a toda plana del periódico: “Se hunde un tren. Todos los viajeros ahogados”. Imposible. No sería lógico.

Pero mi aserto no tranquiliza a nadie.

El interventor decide, con voz trémula:

—Adelante. Agotemos todo el carbón. Y usted vaya a su compartimiento. Le ruego no comente con nadie esta imprevisión de la Compañía...

Los sucesivos abrazos de despedida que me dan Puck y su ayudante me producen cierta angustia. “No es normal —pienso—. Un apretón de manos hubiese sido suficiente”.

Es extraño. Me dirijo a mi compartimiento. Es extraño.

El tren renueva de nuevo su marcha. Ninguno de los viajeros del convoy — salvo yo— parecen haberse percatado del extraño suceso.

Me siento de nuevo en mi lugar correspondiente. “Es extraño —pienso— muy extraño”. Pero el sueño me vence. Cierro los ojos. El tren continúa su marcha...

Las voces agitadas de mis compañeros me despiertan. La oscuridad en el exterior sigue siendo total y el convoy está detenido. Esto desgraciadamente indica dos cosas: que continuamos en el túnel y que se les ha agotado el combustible a los maquinistas. Tampoco en el interior de los vagones hay luz. Se habrán agotado las reservas de las baterías. La confusión es total. Todos mis compañeros, puestos en pie, se agitan de un lado a otro del compartimiento. Alguno asoma su cabeza al exterior, pero como no ve absolutamente nada, vuelve a introducirla en el interior, para continuar profiriendo su sarta particular de improperios contra la Compañía.

Otros se aventuran a salir al pasillo para unir su voz al coro general de improperios.

Nadie advierte mi presencia. Nadie se percata de que yo soy el único viajero que no me muevo. ¿Para qué?. En una milésima de segundo mi mente lo ha visto todo claro. Lo he comprendido todo.

Ahora sé que no solamente yo, sino que nadie, absolutamente nadie, llegará a su destino. Ahora lo comprendo todo. Una dulce calma invade mi espíritu. Las sombras del túnel, son las sombras de la muerte, pero

no quieren comprenderlo.

Con sendas antorchas en sus manos, el interventor, Puck, el maquinista y su ayudante tratan de explicar a los viajeros la extraña situación...

Como primera medida nos han hecho descender a todos los anonadados viajeros a las vías. Formando grupos de diez y doce personas, sentados en los raíles y traviesas, alrededor de pequeñas fogatas —ya que el frío reinante en el túnel es considerable—, los viajeros se dedican a las más pintorescas actividades: uno musita una oración, otro hace el testamento en alta voz. El interventor se dedica a cobrar billete doble a un viajero remordido por la conciencia en la hora postrera...

Puck y su ayudante discuten acaloradamente con varios señores gruesos de “primera”. Pretenden que los maquinistas sigan recorriendo el túnel a pie hasta llegar a la salida para dar la voz de alarma.

Puck, en el paroxismo del terror, comienza a desvariar y a decir que no. Que su puesto está allí, junto a su querida máquina, su vieja locomotora, y que —como los conscientes capitanes de buques—, se hundirán o se salvarán los dos juntos. Pero que jamás se separarán. Y dado que Puck se puso muy pelmazo con sus llantos y no cesaba de acariciar las bielas de la locomotora lo dejaron por imposible.

La comisión de señores gruesos se dirigió esta vez al interventor. Se trataba de mandar un voluntario. Nadie respondió a la llamada. Los señores gruesos pretendieron que se verificase un sorteo entre los viajeros de “segunda clase” y que el designado por la suerte partiera, pero vivas protestas surgieron de la clase perjudicada, mientras el interventor trataba de localizar en el Reglamento algún artículo que dilucidara la cuestión...

Han transcurrido ya cinco horas, las fogatas comienzan a extinguirse. Ya nadie piensa que vaya a salir con vida del túnel. Hasta los señores gruesos de “primera clase” han comenzado a repartir puros habanos, billetes, el carné de conducir y a preguntar: «¿Quién le ama más que yo?» Nadie les responde. Al final terminaron liándose a puñetazos con un prójimo de “segunda” que pretendía amarles más, a “pesar de...”

Para complicar más la situación, un individuo comenzó a explicar en voz alta, sentado sobre un raíl, apoyando su barbilla sobre sus rodillas:

«Hubiese preferido morir como me lo había imaginado: una cama limpia, una colcha azul, una naranjada en mi mesilla de noche. El médico, los parientes, los amigos..., ¡Qué maravilloso cuadro! Yo no hablaría, no pronunciaría palabra alguna. Cualquier frase intrascendente podría romper el encanto de la escena y, desgraciadamente, había dejado transcurrir mi vida sin haber preparado “la frase”, la célebre “última frase”. Ahora ya era tarde. Ahora sólo me resta mirar a los que me rodean, con la superioridad que da sentirse el centro de atracción de las miradas. Y después el efecto seguro, el choque, la sorpresa final:

—El disco...

—Hijo, ¿qué dices? —pregunta suavemente la madre.

—El disco, el disco... —trato de dar a mis palabras una suave entonación, acompañadas de un intermitente jadeo. Perfecto. El médico asiente con la cabeza y al cabo de unos minutos el gramófono reproduce a duras penas las notas de la vieja romanza de ópera: “Che gelida manina...”. Las lágrimas asoman a los rostros de parientes y amigos. Puccini causa un efecto seguro. ¡Qué muerte más bella! —dirán mañana comentando el hecho en el café.

Y cuando el brazo del tocadiscos termine de girar y haga “tac”, quizá

mi corazón se pare también. Tiemblo ante la idea de que la sincronización no resulte perfecta...»

La fúnebre narración del individuo ha suscitado favorables comentarios para su autor entre los viajeros. Varios de ellos le aplauden con calor.

—Bis, bis —pedía uno, desesperado ya por la situación.

Como todos están al borde de la muerte, nadie se preocupa de ocultar sus sentimientos hacia el prójimo, como cuando vivían allá fuera, donde luce el sol...

—Es preciso que hable, es preciso que diga algo.

Es ahora otro individuo de aspecto un tanto tímido el que se ha puesto en pie y ha comenzado a discursar. Los compañeros callan. El silencio flota en el aire.

—He podido amar a Mac, he podido querer a Guss, pero a fin de cuentas sólo contaba mi odio. Miraba las palmas de mis manos en busca del signo fatal: no, aquí no están, me decía a mí mismo, con fuerza, para convencerme y llegaba a pensar que la vida es bella porque aún existen margaritas en el mundo y niñas rubias con coletas en Los Grisones. María, yo no quiero morir. Yo amo la vida. María, ¿dónde estás?... —el desgraciado miraba, como hipnotizado, a un punto lejano del oscuro túnel—. Quisiera saberlo todo. Romper este silencio de años. Dímelo todo de una vez. Puedo ponerme de rodillas a tus pies, puedo abrir las ventanas del patio y gritar: María no es feliz. Puedo ir donde mi jefe de oficina y contarle tu caso, pero tú, María, seguirás en la cocina. Cuando tú faltes, María, esa cocina quedará vacía para mí y, lo que es peor: nadie se preocupará de ponerle un papel blanco y fuerte a la encimera del fogón. María, ven aquí. María, dime que no estás harta de mí. Que

me quieres. ¡María, si yo pudiera! ¡Calla, tontín!, y tus manos me acarician los cabellos y la nariz. En nuestro dormitorio silencioso, sólo se oye el rumor de un coche que pasa por la calle y sus focos encendidos se reflejan en el techo...

Cuando el individuo terminó y se sentó sobre el raíl, los aplausos producían un extraño y macabro eco.

Aprovechando la disposición de ánimo general, un individuo se incorporó de la traviesa sobre la que estaba sentado y exclamó en voz queda:

—Un momento.

Se hizo el silencio.

—Yo quisiera pedirles un favor.

Quisiera que me dijeran...

El individuo se mostraba nerviosísimo y no acertaba a proseguir. Varios del grupo que le rodeaban comenzaron a animarle. Por fin se rehízo y continuó diciendo:

—Quisiera que me respondieran a una cuestión que jamás me he atrevido a formularla a nadie. Algo que a nadie se lo he confesado...

Y cerrando los ojos y abriendo la boca, se acercó resueltamente al compañero más próximo diciéndole:

—¿Huele mal mi aliento?

El compañero, sorprendido ante la bocanada de aire proveniente de la boca tan próxima a su nariz, no pudo reprimir un espontáneo gesto de desagrado.

—Sí, huele mal —exclamó con voz gruñona—. Muy mal...

—No, no es posible... —las palabras musitadas por el individuo casi no se entendían—. No es posible...

Y cada vez que pronunciaba estas palabras se iba alejando del grupo, mirándoles de frente. Movía nerviosamente sus dedos. No daba crédito a la verdad.

—No, no puede ser.

De repente giró sobre sus talones y comenzó a correr hacia el fondo del túnel, pronunciando palabras ininteligibles. Sus compañeros de viaje contemplaban en silencio su figura, que desapareció en el fondo oscuro del túnel, entre las tinieblas. Llegó un momento en que se oía lo que decía:

—No es posible, no es posible...

Sus desgarradores gritos adquirían extrañas resonancias a lo largo del profundo y oscuro túnel.

*Alonso Ibarrola*